

Aquellos caballos procedentes de Montaigu, aquel postillón que hacía restallar su látigo, aquella silla de posta que sacaban de la cochera, eran datos seguros, inequívocos: su madre partía y le llevaba consigo. Por esto le encerró, por esto le tenía prisionero; vendríale á buscar para hacerle subir al carruaje y jarrea, postillón! Harto sabía ella su ascendiente sobre su hijo para estar segura de no encontrar la menor resistencia.

La idea de esta dependencia de la cual tenía su madre tan firme convicción, exasperó tanto más al mancebo, cuanto que sintió entonces toda la realidad de ella, pues no le cabía duda de que al encontrarse cara á cara con la baronesa no se atrevería á chocar de frente con ella; pero dejar á Mary, renunciar á la agitada existencia en la cual le habían iniciado las dos hermanas, no tomar parte en el drama que iban á representar en la Vendée el conde de Bonneville y su incógnito compañero, parecía imposible y sobre todo deshonesto. ¿Qué pensarían de él Berta y Mary? El barón resolvió arrostrarlo todo antes que resignarse á sufrir semejante humillación. Acercóse á la ventana y midió su altura. Tenía treinta piés á corta diferencia. El joven permaneció un momento pensativo; evidentemente librábase en su interior una violenta lucha. Por último decidióse al parecer, abrió el escritorio, sacó una cantidad considerable en oro y metiósla en los bolsillos. En esto creyó oír pasos en el corredor. Volvió á cerrar presurosamente el escritorio y tendióse en la cama; pero la firmeza poco habitual de su rostro revelaba á las claras que había tomado una resolución. ¿Cuál? Más adelante lo sabremos.

XV

EL FIGÓN DE ALAIN POCA-ALEGRÍA

Era indudable que se estaba preparando un levantamiento en Bretaña y en la Vendée, y á pesar de la fermentación general, ó quizás á causa de la misma, la feria de Montaigu pro-

metía ser muy concurrida. Aunque esta feria sea por lo regular de escasa importancia, acudían muchos aldeanos. Los campesinos de Maugis y de Retz codeaban á los naturales del *Bocage* y de la *Plaine*, y observábase (indicio de la belicosa actitud de aquellos pueblos) que en aquel bosque de sombreros de anchas alas, se veían pocas cofias.

En efecto, las mujeres que suelen formar la mayoría de esas reuniones mercantiles, no habían ido aquel día á la feria de Montaigu.

Este indicio habría bastado por sí solo para hacer abrir los ojos á los menos perspicaces sobre aquella especie de comicio de la rebelión, pues si abundaban los chalanes, notábase en cambio la falta de ganado, manteca y granos, que constituyen su tráfico ordinario.

Ora viniesen de Beaupreau ó de Mortagne, ora de Bressuire, de S. Fulgens ó de Machecul, los aldeanos en lugar de los artículos que solían traer al mercado, sólo se presentaban con sus palos de cornejo guarnecidos de cuero, y á juzgar por la manera con que los empuñaban no parecía que tratasen de traficar en ellos.

Así la plaza como la ancha y única calle de Montaigu en las cuales se celebraba la feria, presentaban un aspecto grave, casi amenazador, solemne é impropio de semejantes reuniones. En vano los titiriteros, los embaucadores, mercaderes de drogas perniciosas y los dentistas ambulantes golpeaban sus bombos, sacaban los bofes tocando sus trompetas, ensordécian con el estrépito de sus platillos y apuraban los más hábiles recursos de su inagotable charlatanería; sus esfuerzos eran infructuosos para desarrugar el ceño de los inquietos y preocupados semblantes que junto á ellos pasaban, sin la menor muestra de atención á su música discordante ni á su charla sempiterna.

Al igual de los bretones sus vecinos del norte, los vendeanos son regularmente muy sobrios de palabras; pero aquel día subió de punto su laconismo. Los más estaban arrimados á las paredes de las casas con taciturno ademán, ó apoyados en las cercas de los jardines, ó en la valla que rodeaba la plaza; pero siempre inmóviles, con las piernas cruzadas, cabizbajos y con las manos apoyadas en sus garrotes como estatuas. Los había también formando corrillos, pero icosa rara! estaban tan mustios y silenciosos como los individuos aislados.

Atestados se hallaban los figones; la sidra, el aguardiente y el café tenían un consumo prodigioso; pero el temperamento del labriego vendeano es tan robusto, que aquellos líquidos bebidos en excesiva cantidad no ejercían la menor influencia en la fisonomía ni en el carácter de los bebedores. Verdad es que los semblantes adquirían gradualmente un color algo más subido y los ojos iban poniéndose un si es ó no es encandilados; pero los hombres permanecían tanto más serenos y dueños de sí mismos, cuanto que recelaban así de los taberneros como de los particulares que podían hallarse en aquellos sitios.

Al acudir á la feria de Montaigu, centro de la comarca, á la sazón ocupada por una compañía de cien hombres, los campesinos se habían metido entre sus adversarios, y como no lo ignoraban, mostrábanse circunspectos y vigilantes como soldados sobre las armas, sin dejar por eso su actitud pacífica.

Entre las numerosas tabernas de Montaigu sólo había una en cuyo dueño pudiesen confiar enteramente los vendeanos, y en la cual les fuese dado por lo tanto hablar á sus anchas y sin el menor recelo ni desconfianza. Esta taberna, figón, ó como quiera llamársele, estaba situada en el centro de la población, en una esquina de la misma plaza donde se celebraba la feria y junto á una callejuela que daba, nó á otra calle, sino al campo, ó mejor, al río Maine que corre al sudoeste de la población. Esta taberna no tenía á la puerta ninguna muestra; sólo indicaban la índole del establecimiento una rama seca de acebo fijada en una hendidura de la pared y algunas manzanas colocadas en un aparador, cuyos vidrios estaban tan llenos de polvo, que no necesitaban cortinillas. Llamábase el dueño Alain Poca-Alegría. Alain era su apellido paterno; Poca-Alegría un apodo debido á la chan-cera prodigalidad de sus amigos. Hé aquí porqué se lo habían dado.

El papel siquier secundario que Alain Poca-Alegría representa en esta historia, nos impone el deber de enterar al lector de sus antecedentes. Al cumplir Alain los veinte años, era tan endeble y enclenque, que en la quinta de 1812 se le declaró inútil; pero en 1814 no se exigieron tantos requisitos como dos años antes, y considerósele apto para el servicio; resentido Alain por el desdén con que en 1812 le trataron, resolvió indisponerse con el gobiernó, y tomando

las de Villadiego fué á incorporarse en una de las partidas de desertores que recorrían el país en guerra abierta con las leyes.

Pero cuanto más escaseaban los hombres, tanto más desapiadados eran los agentes de la autoridad con los rebeldes, y como Alain no había recibido de la naturaleza una gran dosis de vanidad, jamás hubiera creído ser tan necesario al gobierno si no hubiese visto con sus propios ojos cuanto trabajo se tomaba para irle á buscar por los bosques de Breñaña y los pantanos de la Vendée; pues los gendarmes perseguían activamente á los desertores.

En uno de los encuentros producidos por esas persecuciones, Alain se portó con una bravura y tenacidad que probaban que no sin razón querían hacerle tomar las armas en 1814; pero en el mismo encuentro recibió un balazo y fué abandonado por muerto en medio del camino. Aquel mismo día una vecina de Aucenis seguía el que conduce de este pueblo á Nantes costeando el río. Iba en su calesín y eran las ocho ó las nueve de la noche. Al llegar cerca del cadáver el caballo se estremeció y negóse tenazmente á dar un paso más. La mujer le aguijó con algunos latigazos, mas el animal se encabritó; insistió ella, y entonces dió el caballo media vuelta y quiso á todo trance regresar á Aucenis. Poco acostumbrada su dueña á semejantes rarezas, se apeó, y entonces lo comprendió todo: el cuerpo de Alain cerraba el paso. Sin mucho espanto, la vecina ató el caballo á un árbol, y dispúsose á echar el cuerpo de Alain en una zanja para dejar expedito el paso; pero al tocar el cuerpo advirtió que todavía estaba caliente. El movimiento que le imprimió ó el dolor que este le ocasionaba, hizo que volviese Alain de su desmayo; exhaló un suspiro y meneó los brazos. Entonces, en lugar de echarle en una zanja, la buena mujer le puso en su calesín y sin querer continuar su camino á Nantes regresó á Aucenis.

Aquella mujer era realista y devota, y la causa por la cual Alain había sido herido así como el escapulario que le encontró en el pecho, la interesaron en su favor. Mandó al punto por un cirujano y entonces se vió que el infeliz tenía rotas ambas piernas por el balazo, lo cual hizo necesaria la amputación. La buena mujer cuidó á Alain y veló á su cabecera con el afán y abnegación de una hermana de la caridad; pero aquella buena acción, como de ordinario acontece

la encariñó por el objeto de ella, y cuando Alain estuvo ya restablecido, vió con alta extrañeza que su bienhechora le ofrecía su corazón y su mano. Creemos excusado decir que el pobre inválido aceptó la oferta.

Desde entonces se convirtió Alain, con gran sorpresa de todo el país, en uno de sus pequeños propietarios; pero ¡oh inestabilidad de las cosas humanas! la ventura de Alain no duró mucho, pues su mujer falleció alcabode un año, y aunque había tenido la precaución de testar legándole todos sus bienes, sus herederos legítimos atacaron este testamento por forma viciosa, y habiendo fallado en favor suyo el tribunal de Nantes, el infeliz prófugo volvió á su anterior pobreza. Digo mal: el pobre tenía dos piernas menos.

En razón á lo poco que duró la opulencia de Alain los vecinos de Montaigu, que como es fácil comprender, no dejaron de envidiar su buena suerte y alegrarse de la desgracia que tan de cerca la siguió, diéronle el apodo de Poca-Alegría.

Los herederos que pidieron y lograron la anulación del testamento pertenecían al partido liberal; Alain no podía menos de descargar sobre todo el partido la ira que le daba la pérdida de su pleito, y lo hizo concienzudamente.

Agriado por su achaque y lacerado por lo que le parecía una grave injusticia, Alain Poca-Alegría profesaba á cuantos creía fautores de su desgracia, adversarios, jueces y patriotas, un odio feroz que, alimentado por los acontecimientos, sólo necesitaba una ocasión propicia para manifestarse con un acto que atendido su carácter sombrío y vengativo debía ser terrible. Erale imposible con la mutilación de su cuerpo dedicarse á la labranza cual su padre y su abuelo que habían sido colonos, y por lo tanto, recogiendo los restos de su pasajera opulencia, fué á morar en medio de aquellos á quienes odiaba, en Montaigu mismo, y en el figón donde volvemos á encontrarle diez y ocho años después de los acontecimientos que acabamos de relatar. El partido realista no tenía en 1832 un secuaz más entusiasta que Poca-Alegría, pues éste sabía que militando en sus filas podía al propio tiempo satisfacer venganzas personales.

A pesar de sus piernas de palo, Alain era el agente más activo é idóneo para la preparación de la revuelta próxima á estallar. Cual centinela avanzado en el campo enemigo, ponía en conocimiento de los caudillos de la sedición todos

los preparativos de resistencia del gobierno, ya se hiciesen en Montaigu, ya en cualquier punto de sus alrededores. Los pordioseros nómadas, huéspedes de paso á quienes nadie daría la menor importancia y de los cuales no se recela jamás, le servían de excelentes auxiliares en un radio de diez leguas, con el doble carácter de confidentes é intermediarios con la gente del campo, y su taberna era el punto de reunión de los llamados *chuanes* y el único paraje en el cual estaban seguros de poder hacer alarde de su realismo.

El día de la feria de Montaigu el figón de Alain Poca-Alegría no estaba al principio tan concurrido como era de esperar en razón á la considerable afluencia de campesinos que aquella motivaba. En la primera de las piezas de que se componía el figón, pieza oscura y ahumada, cuyo mueblaje consistía en un mostrador de madera bastante tosco y algunos bancos y escabeles mugrientos, estaban sentados á la mesa unos diez aldeanos. En el aseo y casi diremos en la elegancia de su traje, se notaba á ojos vistas que pertenecían á la acomodada clase de los colonos.

Esta pieza estaba separada de la segunda por unas grandes vidrieras con cortinas de algodón, de cuadros encarnados y blancos. La última servía á la vez de cocina, de comedor, de dormitorio y de cuarto reservado y particular de Alain: eso sin contar que en un caso extraordinario se unía á la primera sala, y que allí era también donde se recibía á los íntimos de la casa. El ajuar de esta habitación se resentía de su quintuplo destino. En el fónido había una cama, seguramente la del dueño, con pabellón y cortinas de sarga, y á cada lado un enorme tonel de sidra y aguardiente para los consumidores.

Al entrar se encontraba á mano derecha la chimenea, ancha y elevada como suelen serlo las de las cabañas. En medio de la estancia había una mesa de roble con dos bancos de pino junto á ella; frente al hogar, un aparador que también hacía las veces de cómoda, y encima platos y jarros de estaño. Constituían el ornamento de la habitación un crucifijo colgado debajo de un ramo de boj bendito, algunos santos de cera, y varias imágenes toscamente iluminadas.

El día de la feria de Montaigu abrió Alain Poca-Alegría á sus numerosos amigos la puerta de su habitación reservada por manera que al paso que en el comedor sólo había diez ó doce concurrentes, pasaban de veinte los que se encontra-

ban en la trastienda. Los más estaban sentados á la mesa y bebían conversando con animación, mientras tres ó cuatro individuos de unos grandes sacos amontonados en un rincón sacaban galletas, las contaban, y echándolas en cestos, los distribuían entre los mendigos y mujeres que iban presentándose á una puerta situada en un rincón del aposento, junto á los toneles. Esta puerta comunicaba con un reducido patio, el cual daba á la callejuela que más arriba hemos mencionado.

Alain estaba sentado en una especie de sillón de madera, en la campana de la chimenea. Encontrábase á su lado un hombre que llevaba sayo de piel de cabra y gorro de lana negra: era nuestro antiguo amigo Juan Oullier, consu perro sentado á sus piés. A sus espaldas, la sobrina de Poca-Alegría, joven y linda aldeana que se ocupaba en los quehaceres de la casa, avivaba el fuego y cuidaba de una docena de tazas en las cuales se cocía lentamente lo que llaman los aldeanos sidra caliente. Alain hablaba con mucha animación aunque en voz baja con Juan Oullier, cuando de improviso se oyó un ligero silbido semejante á la señal de alarma ó de reunión de la perdiz, el cual procedía del comedor de la taberna.

—¿Quién será? exclamó Poca-Alegría inclinándose para mirar por un rasgón que había hecho en las cortinas. ¡Ah! ¡El hombre de la Logerie! ¡Cuidado!

Antes de que los interesados hubiesen oído esa advertencia, todo volvió á su estado normal en el aposento de Poca-Alegría. Cerróse suavemente la puertecilla, desapareciendo las mujeres y los mendigos. Los hombres que repartían las galletas cerraron y derribaron los sacos, y sentados encima fumaban sus pipas con indolente y sosegado ademán. Todos los bebedores habían enmudecido, y tres ó cuatro de ellos se habían echado á dormir sobre la mesa como por ensalmo. Juan Oullier se había vuelto de cara á la chimenea para que no le conocieran los que entrasen.

XVI

EL HOMBRE DE LA LOGERIE

El sugeto á quien designaba Poca-Alegría con el epíteto de el hombre de la Logerie, era Courtin, cuya presencia en la primera pieza del figón, si exceptuamos la señal de alarma que cualquiera habría tomado por el canto de una perdiz, no causó la menor sensación en el comedor: los bebedores continuaban hablando, con la única diferencia de que la conversación, antes sería, era muy alegre y ruidosa desde que apareció Courtin. Miró éste en derredor, como buscando algún rostro que al parecer no encontró; luego abrió resueltamente las vidrieras y asomó su cabeza de garduña por la puerta de la segunda estancia. En ésta, como en la anterior, nadie hizo ademán de advertir su llegada. Sólo María, la sobrina de Alain, ocupada á la sazón en servir á los parroquianos, dió tregua por un momento á la esmerada solicitud con que atendía á las tazas de sidra que se calentaban en el rescoldo del hogar, levantóse, y preguntóle cual si se hubiese dirigido á un asiduo parroquiano de la casa:

—¿Qué falta, señor Courtin?—Un café, respondió éste inspeccionando una tras otra las fisonomías que se ofrecían á sus miradas así en los bancos como en los rincones del aposento.—Está bien, sentáos, repuso María; voy á servirlo al instante.—¡Ca! No hay necesidad, continuó Courtin con aire bondadoso; podéis echarlo ahora mismo en la taza, y lo tomaré junto á la chimenea entre esos buenos camaradas.

Nadie dió muestras de ofenderse por esta calificación que Courtin acababa de darse, ó mejor, acababa de dar á los concurrentes; pero nadie se tomó tampoco la molestia de ofrecerle sitio, lo cual le obligó á dar un paso más.

—¿Qué tal vamos, Alain? preguntó al tabernero.—Ya lo veis, contestó éste sin volver la cabeza.

Courtin podía fácilmente notar que no se le recibía con extremada benevolencia; pero no era hombre que se apu-